

5. para ahogarse en un río

12. para ganar un premio
11. para que te erijan una estatua
4. para llegar a tiempo a la boda

Ga

Y

Para

QUE

()

SIRVE

un LIBRO

6. para tener trillizos
8. para pintar la casa
para hacer el regalo perfecto
1. para perder el Tour de Francia

10. Para evitar un error

?!
0

Alfredo Gómez Cerdá

9. para hacer una película de éxito

LOS HERMANOS DE ALFREDO

ÍNDICE

PREÁMBULO	7
1. UN LIBRO SIRVE... PARA PERDER EL TOUR DE FRANCIA	9
2. UN LIBRO SIRVE... PARA SER TRASLADADO A MEDELLÍN.....	19
3. UN LIBRO SIRVE... PARA SALVARTE LA VIDA	29
4. UN LIBRO SIRVE... PARA LLEGAR A TIEMPO A LA BODA DE UNA HIJA	39
5. UN LIBRO SIRVE... PARA AHOGARSE EN UN RÍO	49
6. UN LIBRO SIRVE... PARA TENER TRILLIZOS	59
7. UN LIBRO SIRVE... PARA HACER EL REGALO PERFECTO	69
8. UN LIBRO SIRVE... PARA PINTAR LA CASA	79
9. UN LIBRO SIRVE... PARA HACER UNA PELÍCULA DE ÉXITO	89
10. UN LIBRO SIRVE... PARA EVITAR UN ERROR MÉDICO	99
11. UN LIBRO SIRVE... PARA QUE TE ERIJAN UNA ESTATUA	111
12. UN LIBRO SIRVE... PARA GANAR UN PREMIO.....	121
EPÍLOGO	135

PREÁMBULO

Un libro en la actualidad –segunda década del siglo XXI– sigue siendo un taco de papeles, por lo general formando cuadernillos, cosido por uno de sus laterales. Para darle cuerpo y presencia, se le suele añadir una cubierta algo más rígida, en la que se incluye el título del mismo y los nombres del autor y de la editorial. La editorial es la que previamente ha seleccionado el texto, la que se ha encargado del diseño y de la maquetación y la que, con posterioridad, lo distribuirá para su venta.

Un libro en la actualidad –segunda década del siglo XXI– se sigue fabricando en las imprentas, que suelen ser lugares grandes, llenos de máquinas, con techos muy altos. Antiguamente había más hombres que máquinas trabajando en las imprentas, pero con el paso del tiempo se invirtió la proporción y las máquinas sustituyeron casi por completo a los hombres. Las máquinas imprimen, pliegan el papel, cosen los cuadernillos, aplican el pegamento, cortan los tacos a la misma medida, embalan los libros, los transportan ordenadamente al almacén...

Un libro en la actualidad –segunda década del siglo XXI– sigue vendiéndose en unos comercios llamados librerías, en los que, por lo general, solo se venden libros. Es verdad que en algunos de estos comercios también se venden cuadernos, carpetas y todo tipo de objetos de escritorio, incluso juguetes, incluso de todo un poco. Se han detectado casos donde, además, se venden pipas y golosinas. A estos comercios llamados librerías entran muchas personas y algunas de ellas, después de mirar y remirar, se compran un libro.

Y ya tenemos al libro en danza.

Pero... ¿y para qué sirve un libro?! La mayor parte de las veces, el libro es introducido en una especie de abertura, entre otros libros, sobre un largo estante, donde permanecerá el resto de su vida, acumulando polvo y olvido. Pero, por fortuna, no siempre ocurre esto. Un libro no solo sirve como adorno en un mueble librería. Prueba de ello son las doce historias que vienen a continuación.

1.

**UN LIBRO SIRVE...
PARA PERDER EL TOUR DE FRANCIA**

*A Carlos Morate,
con quien jugaba a la vuelta ciclista
en el patio del colegio.
En memoria.*

Ni siquiera quiso decirme en qué año ocurrió, aunque se lo pregunté en infinidad de ocasiones. A veces fingía que no había oído mi pregunta y comenzaba a hablar de algún asunto banal. Otras veces se quedaba mirándome en silencio y permitía que una sonrisilla se asomase entre sus labios tan finos.

Solo en una ocasión me respondió:

–No me acuerdo de nada.

Siempre estuve convencido de que recordaba todo perfectamente, de que lo tenía grabado en la memoria, y hasta en el alma, aunque prefiriese no hablar de ello con nadie.

No tuve más remedio que empezar a investigar por mi cuenta, dejándome guiar por la intuición y la lógica. Y no me resultó fácil averiguarlo.

Mientras rastreaba con paciencia durante días y días por las hemerotecas, por los archivos radiofónicos, incluso por algunos de documentación gráfica, tuve la sensación de que alguien había estado antes en esos mismos lugares y, con minuciosidad, había borrado todas las huellas, todos los datos, todas las referencias..., en definitiva,

todas las pruebas. Incluso llegué a pensar que las fotografías de la época, tan escasas, habían sido retocadas por una mano perversa para sacarlo del plano, de todos y cada uno de los planos, y de este modo sepultarlo de por vida en el anonimato.

Pero mis esfuerzos se vieron recompensados. Con una tenacidad que a mí mismo me sorprendió, fui encontrando las piezas desparramadas del rompecabezas. Ensamblarlas fue mucho más sencillo. De este modo, pude reconstruir la gesta de este hombre sin igual.

Hoy puedo afirmar con toda certeza que sucedió en el Tour de Francia de 1953, el que ganó Louison Bobet, al que apodaban *El Panadero de Saint-Méen*.

A veces he llegado a imaginar que fue él mismo quien borró su nombre de todos los documentos para evitar de este modo convertirse en una leyenda viva. Pero, de ser así, ¿por qué lo haría? ¿Acaso no se dio cuenta de que un hombre sobresaliente no puede borrar todas las huellas que deja a su paso por la tierra porque estas sirven de rastro y de guía a otras muchas personas, que las hacen suyas?

Lo único cierto es que siempre quedarán sombras misteriosas en su biografía, circunstancia que suele darse en muchos personajes legendarios y que sirve para acrecentar su aureola, sombras que él jamás se preocupó de aclarar. Conociéndolo como lo conocí –aunque no fuese en su época de esplendor–, solo puedo afirmar que le gustaba crear confusión en torno a su vida y a su persona, que jamás se preocupó de resolver malentendidos, de replicar a malintencionados o de rellenar los huecos del olvido. No hay otra explicación, o yo no he sabido encontrarla.

La afición a los libros le venía de antiguo, desde la infancia. En los duros años de la posguerra española solo encontró alimento, luz, color, aire... en los libros. Durante muchos años, tal y como le había contado su madre, creyó que su padre estaba en América –adonde habría emigrado en busca de fortuna– y no enterrado en una fosa común en algún barranco cercano al río Ebro. Cuando leía *Las aventuras de Tom Sawyer* se imaginaba que su padre era el capitán de uno de aquellos barcos de vapor que surcaban el río Misisipi. Cuando leía *Colmillo Blanco* se lo imaginaba buscando oro en Alaska, con la nieve hasta las rodillas, acompañado de un perro lobo. Cuando leía *El último mohicano* podía reconocerlo con pantalón de cuero cazando animales salvajes en las montañas cercanas a los Grandes Lagos.

Pero donde realmente se desarrolló su pasión por la lectura fue durante sus años de ciclista.

Ya había mostrado sus facultades para la bicicleta en la ciudad pequeña y amurallada donde vivía. Cuando terminaba el colegio ayudaba a doña Ángeles a repartir la leche de la vaquería, que estaba al otro lado del río Adaja, ya fuera del casco urbano. Cargaba las cántaras en el transportín de la bicicleta y ascendía la dura cuesta empedrada de la Ronda Vieja hasta el centro. Todos los que le veían se asombraban de su forma de pedalear e, incluso, algunos muchachos de su edad con sus bicicletas sin carga le echaban carreras. Pero ninguno era capaz de seguir su estela.

Enseguida fue fichado por un club ciclista de la ciudad pequeña y amurallada. Entrenaba después de la jornada de trabajo y no tardaron en aparecer los primeros triunfos. Y del club pequeño pasó a un gran club de la capital.

Era un ciclista muy completo: escalaba montañas, rodaba con fuerza por el llano y hasta se medía con los que esprintaban en las llegadas. Los trofeos tenían que apretarse en los estantes del viejo mueble librería de la casa de su madre.

No tardaron en apodarlo *Bala de Papel*.

Por supuesto, el sobrenombre se debió a los libros, que siempre ocupaban un hueco en su maleta, entre el equipaje, cuando se desplazaba a las grandes vueltas. Las horas largas entre etapa y etapa, de hotel en hotel, las llenaba con la lectura.

Fue entonces cuando comenzó a cimentarse su leyenda, la que él mismo se empeñó en difuminar años después. Se comentaba dentro y fuera del pelotón que en los bolsillos de su maillot, junto a la comida, llevaba siempre un libro, y que lo sacaba si la carrera discurría tranquila, lo abría sobre el manillar y leía un rato. ¡Hasta tal punto llegaba su pasión!

En aquellos tiempos no había cámaras de televisión, y los fotógrafos que seguían las carreras se limitaban a esperar el paso de los ciclistas en determinados lugares. Por eso no existe ningún documento gráfico que lo corrobore. Pero lo que voy a contar a continuación sucedió en verdad, en el Tour de 1953, y en concreto en la etapa número once, entre Cauterets y Luchon, en los Pirineos.

Antes de que se diera la salida en Cauterets, a primera hora de la mañana, aún en el hotel donde habían pasado la noche, el director deportivo del equipo francés en el que militaba cacheó personalmente a Bala de Papel para asegurarse de que no llevaba escondido algún libro. Lo quería concentrado al máximo en la carrera, pues sabía

que la etapa podía ser decisiva. Después le dio un fuerte abrazo y unas palmadas en la espalda, mientras le animaba:

–¡Allez! ¡Allez! ¡Allez!

La etapa transcurría con aparente calma, con tensión contenida; pero cuando comenzó el ascenso del mítico Tourmalet, Bala de Papel lanzó un ataque durísimo, súbito, demoledor, que dejó clavado a todo el pelotón. Ni Jean Malléjac, que vestía entonces el maillot amarillo, ni Louison Bobet, ni Giancarlo Astrua, pudieron seguirlo. Los pocos afortunados que lo vieron recordarían toda su vida aquella forma fantástica de pedalear.

Los minutos caían como las hojas de los árboles en otoño: cinco, diez, veinte... A menos de doscientos metros de la cima, se colocó a su altura un motorista que llevaba detrás un asistente de la carrera. El asistente sacó un pizarrín y con una tiza escribió dos números: 45. La información era cierta y aventajaba en cuarenta y cinco minutos al siguiente corredor.

Muy cerca de la cumbre había un bar en los bajos de una rudimentaria y sólida casa de piedra. En la planta alta vivía el dueño, un tabernero aragonés apellidado Navarro.

Al llegar a la altura del bar, Bala de Papel detuvo la bicicleta y echó pie a tierra. Entró en el bar y pidió un café muy caliente para que le ayudase a mantener la temperatura de su cuerpo durante la bajada, donde el aire frío azotaba sin piedad. Este hecho –impensable en nuestros días– era frecuente en la época. Los ciclistas entraban en los bares durante el recorrido de las etapas para comer o beber algo. Después pasaba algún técnico del equipo para pagar las consumiciones.

¡Y ese momento se convirtió en la gloria y en la perdición de Bala de Papel!

Mientras apuraba el café, vio sobre el mostrador un libro que seguramente estaba leyendo Navarro, el tabernero. Lo cogió y comenzó a hojearlo, con la tranquilidad que le daban los cuarenta y cinco minutos que sacaba al siguiente corredor. El libro estaba escrito en español y, por eso, no pudo resistir la tentación de comenzar a leerlo. Si el libro hubiese estado escrito en francés, nunca se hubiese producido el desastre, pues era un idioma que solo chapurreaba. Varios testigos aseguraron haberlo visto acodado sobre el mostrador, enfrascado en la lectura, absorto. Ni siquiera atendía a las llamadas de atención de Navarro, ni a los avisos del motorista, ni a los gritos de los parroquianos con los que compartía mostrador...

Bala de Papel ni siquiera se dio cuenta de que, tres cuartos de hora después, pasó por la carretera Jean Robic, que tuvo el honor de coronar en primer lugar la cima del Tourmalet e, incluso, de ganar aquella etapa. Poco después pasaron los demás, Bobet, Malléjac, Astrua, Loroño...

Ese mismo año, Bala de Papel se retiró del ciclismo, en plenitud de facultades y con un porvenir esplendoroso. Nadie pudo entender su decisión. Con el dinero que había ganado hasta entonces no montó una tienda de deportes, ni un bar con las paredes llenas de fotografías enmarcadas con sus triunfos y de vitrinas con sus trofeos, ni se asoció con un constructor para edificar pisos en los barrios periféricos, ni montó un simple taller de bicicletas... Bala de Papel abrió una pequeña librería en mi barrio: Moby Dick. Allí fue donde yo le conocí a finales de los años sesenta, con el pelo escaso y canoso, con unas gafas de vista cansada que siempre llevaba colgadas del cuello, leyendo in-

cansablemente en un rincón. Solo dejaba el libro para cobrar a algún cliente, y solo si el cliente insistía.

Se lo pregunté muchas veces, pero nunca quiso decirme el título del libro que estaba sobre el mostrador del bar de Navarro, a escasos metros de la cima del Tourmalet.

Fue dado al misterio y a la intriga hasta su muerte, muy reciente.